

### **El país equivocado (III)**

#### **El País Destrozado**

**Eduardo Casanova**

**A lo largo de más de siglo y medio, Venezuela ha buscado con desesperación un camino que lleve a la felicidad. En este tercer artículo, tercero de una serie de trece, veremos cómo quedó Venezuela después de la Independencia y cómo se destrozó aún más hasta el Siglo XX.**

¿Qué le pasó a Venezuela cuando los peores que el sueño de Bolívar se convirtiera en Quimera? Ya había sufrido horrores durante la guerra de Independencia. Antes de la revolución de 1810, Caracas era uno de los lugares más encantadores del universo. De eso fueron testigos Alexander von Humboldt, Aimée Bonpland y muchos otros viajeros ilustres. Después de la revolución, Caracas y Venezuela quedaron destruidas. Las estadísticas lo demuestran: en 1812, cuando empezó la guerra de Independencia propiamente dicha, la ciudad de Caracas tenía, aproximadamente, cincuenta mil habitantes; cuatro años después, luego de las incursiones de Boves, no llegaban a veinte mil; y en 1825, después de Ayacucho -que fue el fin de la guerra-, según el Anuario de Caracas eran veintinueve mil cuatrocientos ochenta y seis los habitantes, o los sobrevivientes, lo que significa que en el proceso de la Independencia, Caracas perdió el 41,03% de su población. Cuarenta y tres años después, en 1870, alcanzará de nuevo la antigua Santiago de León la cifra de cincuenta mil almas que, según el barón de Humboldt, tenía antes de aquella terrible guerra fratricida. Las cifras de otros indicadores son aún más alarmantes. Antonio Arráiz informa que durante la Guerra de Independencia las bajas, exclusivamente venezolanas, llegaron a la cifra de 200.000 personas, lo cual representa nada menos que un veinticinco por ciento (25%) de toda la población, en tanto que las de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas sólo tuvieron un costo, para Francia, del uno por ciento (1%) de sus habitantes. Un país que pierde en una guerra la cuarta parte de sus habitantes lo ha perdido casi todo,

especialmente si la gran mayoría de esa cuarta parte está formada por varones, y si, además, se considera la cantidad de huérfanos que de aquel proceso quedaron a la deriva, sin otro apoyo que las jóvenes madres no preparadas para lo que tenían que afrontar, es claro que el porvenir social de ese país es bastante oscuro. Pero además perdió casi el cien por ciento de su ganadería, el noventa por ciento de sus vías de comunicación, el ochenta por ciento de su agricultura, en fin, casi todo lo que tenía. No es de extrañar, pues, que lo que brotó de la conflagración haya sido débil, sumido no sólo en la miseria, sino en una violencia crónica que sólo daría paso a una paz tensa cuando se impuso la violencia unificadora y necesaria de un dictador de mano inflexible: Juan Vicente Gómez.

Antonio Arráiz, en varios textos recopilados por Néstor Tablante y Garrido en el libro *Los días de la ira, las Guerras Civiles en Venezuela, 1830-1903*, nos presenta un cuadro espeluznante: entre el 1º de enero de 1830 y el 31 de diciembre de 1903 Venezuela padeció 39 revoluciones, a las que hay que sumar las cinco que se produjeron después de 1903; lo que implica que hasta la fecha hemos sufrido por lo menos cuarenta y cuatro sacudones, cuando uno solo basta para descoyuntar cualquier país. Hubo, en ese mismo período (1830-1903), siete años en los que se combatió todos y cada uno de los días de sol, de lluvia, de viento y de calma atmosférica. Son absolutamente incalculables los costos en vidas y en recursos de esos noventa y un años de violencia casi continua (1812-1903), en los que apenas se vivieron unos pocos días de sueño, seguidos, como hemos visto, por los interminables años, no días, de ira, de pesadilla, de agonía, de tormenta que no cesa. Arráiz asoma unas cifras, pero reconoce que es imposible llegar a saber lo que pasó. Porque ocurrió demasiado. Hubo demasiadas muertes, demasiadas pérdidas, demasiados daños. Y los hay aún.

Porque después de 1903, gracias a la fuerza personal e innegable de Juan Vicente Gómez, se terminó una forma de violencia. Pero empezó otra. Y después vino la del petróleo. Y luego la de la corrupción total. Y la del dólar. Y otra y otra y otra. Y ni

Bolívar ni Venezuela han podido encontrar la paz. El Libertador la vio por última vez en cualquiera de esas tardes. Cuando la brisa silbaba optimismo entre las luces y sombras de la montaña cinética. Hoy, cuando el pegajoso recuerdo de los dinosaurios empieza a disolverse en las playas habitadas por cadáveres y desconcierto, podríamos estar de nuevo ante una oportunidad. No hay ninguna razón para que no pueda un país tan fuerte volver a soñar, pero ahora con menos cerrazón, con más rumores cercanos de amanecer. Hay que volver a las ideas de Bolívar, adaptarlas a los tiempos que corren y dejar de lado, para siempre al país equivocado. Y entonces Bolívar podría regresar a la cumbre y reírse de sus estatuas.

En nuestro próximo encuentro hablaremos de las caricaturas de gobierno que existieron en esos tiempos de violencia. Que no son demasiado distintas a lo que tenemos hoy.